

sificando, adaptando y modernizando una gesta cuya fuente de inspiración se reconoce nítidamente: mantiene la *laisse* a través de la segmentación del discurso en secuencias relativamente autónomas, focaliza la atención sobre personajes, motivos, fórmulas o temas usando diversos mecanismos lingüísticos caracterizadores del relato épico. Además, castellaniza y actualiza los antropónimos y topónimos, dramatiza los hechos procurando conservar un tono arcaico en su lenguaje cuyo referente, en ocasiones, se difiere en el tiempo hasta Cervantes.

La pulcritud filológica de las traducciones de Atkinson Jenkins (Boston, 1924), Moignet (París, 1969), Segre (Milán-Nápoles, 1971), Brault (Pennsylvania, 1978), Jonin (París, 1979), Martín de Riquer (Barcelona, 1983) e Isabel de Riquer (Madrid, 1999) ha sido sustituida en la versión de Jarnés por la calidad de literaria de un autor reconocido y consagrado por su valiosa actividad creativa (*Monsén Pedro, El profesor inútil, Viviana y Merlín*, etc.). Lo encorsetado de la traducción *mot à mot* es remplazado en la composición jarnesiana por una prosa que agiliza y dinamiza el desarrollo de la acción. La introducción de Cacho Blecua presenta y arropa este traslado, y se convierte en un elemento insustituible para la comprensión global del conjunto. El profesor Cacho ofrece al lector un estado de la cuestión y una puesta al día a los que aplica su ya conocida capacidad analítica y el rigor filológico de siempre.

Ana Bueno
[Universidad de Zaragoza]

José Guadalajara Medina, *El Anticristo en la España Medieval*, Madrid, Ediciones del Laberinto, 2004.

José Guadalajara Medina regresa al terreno de la crítica con un nuevo estudio acerca del Anticristo en el Medievo. Si bien su anterior libro versaba sobre las profecías que en relación con este enemigo de Dios se hacían en la Edad Media en general, el trabajo que aquí reseñamos se centra en el espacio geográfico de la Península Ibérica entre los siglos V y XV. No obstante, y al igual que su autor decidió hacer con la investigación precedente, traza a modo de preámbulo y de forma sintética los orígenes de esta figura apocalíptica, así como sus aspectos físicos y morales más definitorios o su consideración en el marco europeo medieval.

Es difícil establecer un punto de inflexión dentro del mundo hispánico para señalar la aparición indiscutible del Anticristo en

los textos. Sin embargo, a pesar de que no todas las referencias a este ser maligno son claras, existen según Guadalajara Medina ciertos atisbos de tradición apocalíptica en la mayoría de ellas. Todos estos escritos se encuentran en latín y pertenecen a estudiosos tales como Orosio, «primer historiador universal», Idacio de Chaves, Apringio de Beja, Julián de Toledo o el mítico Isidoro de Sevilla.

Pero habrá que esperar hasta el siglo VIII para observar de un modo rotundo el fervor apocalíptico. Así, Beato de Liébana (autor al que Guadalajara adjudica el comentario, pese a las diatribas establecidas por la crítica filológica), constituye un eslabón relevante en la cadena medieval en torno a esta figura. Para el presbítero, la llegada del fin del mundo es inminente y así lo promulga en sus textos. Arribará un Anticristo cuyas características esenciales proceden de la tradición, según queda reflejado tanto en el texto como en la iconografía. Lo mismo podría señalarse de la *Interrogatio de novissimo* en donde se describen los signos que anuncian el fin del mundo y la posterior llegada de la figura apocalíptica.

El período comprendido entre los siglos XI y XIV no se manifiesta como un momento histórico en el que la materia estudiada adquiera una especial importancia. Los testimonios de la Castilla medieval no serían reseñables si no hubiera existido la obra de Gonzalo de Berceo. No así sucede con la Corona aragonesa, ámbito en el que abundan los asuntos apocalípticos gracias a autores como Ramón Llull, fray Pedro de Aragón o Arnaldo de Vilanova, todos ellos de gran repercusión en estudiosos posteriores.

En el siglo XV se aprecia una utilización de dicho género con objetivos fundamentalmente políticos, según había sido habitual en los ambientes mozárabes de unas centurias antes. Las crónicas apenas se introducen en el resbaladizo terreno de la profecía, pero sí lo rozan cuando se refieren a ciertos acontecimientos catastróficos o a algunas condiciones sociales no demasiado favorables. Semejante tratamiento se da en textos de diversa índole dentro del mismo lapso. En muchos de ellos se encuentra latente la idea de que el mundo está llegando a su fin. Y es que la historia estuvo siempre muy unida a la religión en tiempos medievales. Así, por ejemplo, ante la invasión musulmana de la Península, fueron bastantes los escritos que se ocuparon del tema desde una óptica claramente apocalíptica. A pesar de ello, no todo fueron lágrimas. También hubo resquicios para la sonrisa y estuvieron bastante extendidos los textos paródicos.

El autor más relevante de finales del siglo XIV y principios del xv es fray Vicente Ferrer; de ahí que Guadalajara Medina dedique todo un capítulo al desarrollo de sus ideas y a la transcripción de

sus sermones. La conclusión es clara. Su contribución al imaginario que se estaba creando en torno a la figura del Anticristo fue fundamental, en tanto en cuanto influyó poderosamente en la mentalidad de la Edad Media. Consideraba este predicador que el fin del mundo se encontraba muy próximo. Por eso es habitual en sus escritos la absoluta condena a los pecados que asolan al hombre. Los sermones tendrán como eje esencial al Anticristo. Fray Vicente Ferrer estaba convencido de que este personaje ya había nacido, creencia que le indujo a reflexionar acerca de su naturaleza, del motivo por el cual Dios permitiría su llegada o de su inminente venida. Se trata pues, tal y como dice el propio Guadalajara, de un «obsesivo profeta apocalíptico».

Alcanzado este punto, sólo queda ya una ojeada a la tradición apocalíptica del XV tanto en los textos catalanes como en los castellanos. La amplia mayoría de ellas son profecías plasmadas en relación con circunstancias políticas coincidentes. Muchas veces incluso ni siquiera proponen vaticinios concretos en torno al Anticristo, sino que simplemente presentan ciertos aspectos apocalípticos que podrían ser interpretados desde la óptica que aquí nos interesa. En el caso de Castilla, por ejemplo, se establecieron unos lazos muy firmes entre el fin del mundo y el reinado de los Reyes Católicos, coincidiendo precisamente con esos otros monarcas de la historia hispánica y europea que habían sido vinculados con ideas de redención.

El libro se cierra con un estado de la cuestión, con el examen más o menos detallado de las obras críticas que respecto al Anticristo se han escrito en los últimos años, completando así la bibliografía comentada que le sigue. José Guadalajara Medina aborda con este trabajo uno de los tantos aspectos aún no demasiado explorados por la investigación filológica. En realidad, gracias a la encomiable labor que se encuentra realizando, poco a poco va conformando el conjunto de ideas que en torno a este representante del Mal circularon en la Edad Media. Aquí, como se señalaba al inicio de esta reseña, centra el autor su interés en la repercusión que el imaginario apocalíptico tuvo en nuestro país y para ello acude a las fuentes literarias y no literarias que tenemos. Esperamos que este filólogo aún quiera ofrecernos sucesivos estudios sobre el Anticristo, para que todas aquellas personas que se interesen por conocer más a fondo la mentalidad medieval puedan deleitarse con su trabajo.

Elena Núñez González
[Centro de Estudios Cervantinos]